

LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XX Y EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA **EN LA ISLA.**

Silvia Teresita Hernández Godoy

Artículo publicado en: El Caribe Arqueológico No. 9, 2006. Casa del Caribe, Santiago de Cuba. Este artículo forma parte de la tesis de maestría de la autora *Los estudios arqueológicos y la historiografía aborígen de Cuba (1847-1922)* defendida en la Universidad de La Habana en diciembre del 2002.

El cambio de siglo se recibió en la mayor de las Antillas con acontecimientos inesperados para los cubanos. La ocupación norteamericana persistía a pesar de los esfuerzos de la nación por terminar con "para" una ayuda desinteresada"lo que algunos inicialmente pensaron que fuese acabar conjuntamente con el mandato del gobierno español en la Isla. El advenimiento de la guerra a mediados del siglo XIX había producido un abrupto estancamiento de las actividades científicas en Cuba y con ella la paralización de las labores arqueológicas, cuyos intentos por continuar su desarrollo se habían manifestado en las expediciones científicas de los Dres. Carlos de la Torre y Luis Montané Dardé entre 1890 y 1892.

En el período de ocupación norteamericana, se logró cierta institucionalización de la enseñanza de la antropología en el país, por esfuerzos de intelectuales cubanos, condicionado además por el clima creciente de los estudios de esta disciplina en los EE.UU., hecho que hizo factible su aprobación por el Gobierno Interventor. Por orden militar # 212 se creó, en 1899, la cátedra de Antropología y Ejercicios Antropométricos para los alumnos de derecho de la Universidad de la Habana, debido al esfuerzo del Dr. José González Lanusa, profesor de esa institución docente. El plan de materias de dicha disciplina, impartido por el Dr. Enrique José Varona, incluyó la asignatura Antropología Prehistórica, la cual historiaba el desarrollo del hombre en sociedad en diferentes lugares del mundo, relacionando de esta forma los estudios antropológicos y arqueológicos. El término prehistoria, surgido en el siglo XIX como resultado del incremento del registro arqueológico mundial, se estableció para dividir la historia según las fuentes utilizadas para su estudio, la información arqueológica o documental. De hecho en la interpretación del acontecer humano el límite entre prehistoria e historia fue la escritura, obviando la necesidad del análisis del pasado. La denominación de hombres y pueblos prehistóricos

dada a grupos y comunidades ágrafas aún persiste en círculos académicos contemporáneos, marginándose de esta forma los nuevos elementos que en el quehacer historiográfico actual dejan atrás los viejos criterios de “hombres con y sin historia”.

La implementación de la referida asignatura determinó el surgimiento de un pequeño laboratorio y museo antropológico. Este último, años más tarde estuvo al cuidado de los profesores Luis Montané Dardé y Arístides Mestre. El museo además, recepcionó numerosas piezas arqueológicas halladas en el territorio, a través de la labor protagónica del primero de ellos. De esta forma se potenciaron los estudios arqueológicos en el archipiélago cubano.

A partir de la instauración de la República en 1902 los trabajos continuaron, aunque formando parte de intentos individuales en el país, que serían conocidos en las décadas del 30 y 40, a través de los trabajos de Fernando García y Grave de Peralta, publicados en la Revista de arqueología y Etnología. Este maestro realizó exploraciones y hallazgos en Puerto Príncipe, Camagüey y Holguín ampliando el registro arqueológico de esta porción oriental, aunque solo describió los objetos localizados. Sobresale en esta época su correspondencia con José Bofill y Cayol, directivo del Museo de Santiago de Cuba, quien comparó las piezas de Grave de Peralta con otras por él conocidas, constancia del interés creciente por la arqueología a lo largo de la Isla.

En esta primera década del siglo XX también se publicaron obras de autores cubanos que recogieron el legado decimonónico que sobre el tema indígena era conocido en el país. Estas en su mayoría fueron de proyección histórica y filológica, constituyendo su principal fuente de consulta los textos de los Cronistas de Indias y en unos pocos casos, los limitados descubrimientos arqueológicos efectuados durante el siglo XIX.

El legado del siglo XIX en los autores cubanos del siglo XX. La historia y la filología al servicio del pasado aborígen.

Un libro importante en este decenio inicial, fue el *Manual de Historia de Cuba para maestros* (1901), coordinado por la Junta de Educación y dirigido por el Dr. Carlos de la Torre y Huerta. El *Manual* realizado por un conjunto de autores cubanos presentó aspectos históricos y naturales del archipiélago cubano. Reeditado en 1904 y 1911 fungió como guía esencial para las clases de profesores primarios, de ahí su peculiaridad diferenciadora con otros textos de la época. El capítulo sobre los aborígenes de la mayor de las Antillas, titulado " Historia de los indios de Cuba", exponía las conclusiones de las investigaciones de Carlos de la Torre y Huerta, en su andar por la Isla. A través de las observaciones plasmadas en las obras de Las Casas, Antonio de Herrera, Fernando de

Oviedo, Pedro Martyr de Anglería, y de los objetos colectados por Miguel Rodríguez Ferrer, Francisco Jimeno, Luis Montané Dardé y él mismo, describió aspectos de la vida de los aborígenes cubanos. Sobresalen en sus valoraciones sus experiencias de campo, efectuadas en la región oriental del país, ya expuestas con anterioridad en la sede de la **Real Academia de Ciencias de la Habana**, el 12 de octubre de 1890.

No obstante, sus aciertos relacionados con el primer reporte de gubias- instrumentos realizados a partir de la concha de los caracoles univalvos que sirven para raspar y raer la madera-; la dirección de las migraciones de las poblaciones indígenas de oriente a occidente y la conexión antes del contacto europeo, entre los habitantes de las islas antillanas y tierras continentales, De la Torre contrariando lo expuesto por las Casas y Oviedo planteó que los cráneos deformados localizados en el oeste de Cuba pertenecían a una colonia caribe establecida en esta porción del territorio. Desde luego, el autor con esta opinión era portador de la tradición decimonónica relativa a la polémica sobre los caribes y la práctica de la deformación craneana, la cual nombró como perteneciente genéricamente al siboney, así como a toda evidencia aborígen en suelo cubano (siguiendo el criterio difundido), siendo éste otro de sus desaciertos, sin embargo él fue el primero en hallar durante la expedición de 1890, huellas arqueológicas de diferente tipología (las gubias) a las encontradas hasta esos momentos, lo que le hubiera permitido establecer y analizar la presencia de otro estadio de la sociedad comunitaria de Cuba.

En cambio, a pesar de sus limitaciones, es necesario reconocer que "La historia de los Indios de Cuba" en el *Manual de Historia...* fue el primer texto que generalizó el conocimiento de la historia de las comunidades aborígenes de la mayor de las Antillas, a través de fuentes históricas y vestigios arqueológicos, que devino obra de obligada referencia a empeños posteriores relacionados con esta temática y dirigido a un público mayoritario, como fueron los estudiantes. Entre estos esfuerzos se incluyen, además, los títulos *Nociones de Historia de Cuba* (1904) de Vidal Morales y *Los indios cubanos. Apuntes para la historia de Cuba* (1915) de Hipólito García del Pozo. Ambos aceptaron los criterios del Dr. De La Torre, quien de hecho revisó estas obras antes de su publicación. Otro intento con similares características fue el de Ramiro Guerra con su *Historia de Cuba*, publicada en 1922.

Estas obras históricas que vieron la luz entre 1900 y 1922, tuvieron sus antecedentes en la literatura editada durante la centuria anterior. La diferencia, entre unas y otras radicó, en que las primeras solo tuvieron por base las Crónicas de Indias y las segundas contaron con un exiguo pero interesante material arqueológico sobre el cual sustentar sus teorías.

También algunos textos de contenido filológico integraron el capítulo historiográfico referido a los primeros grupos humanos que habitaron Cuba en uno de sus aspectos, el lenguaje. El siglo XX tuvo su cultivador por excelencia a Alfredo Zayas, quien publicó *Lexicografía Antillana* en 1914. Los antecedentes del género se enmarcaron en los conocidos textos de Esteban Pichardo, *Diccionario de voces y frases cubanas* (1836); Bachiller y Morales, *Cuba Primitiva* (1881) y de Nicolás Fort y Roldán, *Cuba Indígena* de 18812.

En otra dirección, las actividades académicas relacionadas con la arqueología en la Isla prosiguieron su curso, aunque con menor intensidad; lo que pudo ocurrir, tal vez por el desarrollo de otras disciplinas científicas como la medicina y por la incipiente separación en estos círculos intelectuales de ésta y la antropología. Además, la labor de campo de la primera de ellas en esos momentos era protagonizada por extranjeros. Sin embargo, tanto la **Real Academia de Ciencias de La Habana** como la **Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”** creada el 26 de mayo de 1913, continuaron como portavoces del acontecer arqueológico cubano, a través de sus Anales.

En los Anales de estos años se publicaron los textos de Enrique Gómez Planos, “Prehistoria de la Isla de Cuba (1900); “¿Vivían los taínos en la edad de la piedra grosera?” de Fernando Grave de Peralta (1902) y de Luis Montané Dardé, “Informe sobre el estado de las ciencias antropológicas en Cuba” (1909). Los escritos de Gómez Planos y Grave de Peralta fueron artículos divulgativos, nada diferenciados de lo producido durante el siglo XIX, salvo por escasos elementos, donde sobresalieron el estudio de piezas arqueológicas. El primero, por ejemplo, describe y caracteriza someramente algunos objetos de la colección pública del Museo de Santiago de Cuba, destacando los ídolos de piedra. Por su parte, el segundo, presentó las hachas petaloides de su colección particular, contribuyendo ambos de esta forma a la historia de las colecciones arqueológicas del territorio cubano.

En cambio, el trabajo de Montané, fue un intento por historiar la antropología, insertando la arqueología y la paleontología, y relacionando al respecto los descubrimientos e investigaciones que sobre la temática se habían realizado en el siglo XIX. Por lo tanto, lo significativo este texto fue reconocer la definición de arqueología en las palabras del autor, la cual determinó como parte integradora de la antropología. Su posición, estuvo dada sin duda, por su formación profesional y la proyección de ambos estudios bajo la perspectiva de la antropología física procedente de Francia, valoradas en el primer capítulo de esta investigación.

Del mismo modo, la **Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”**, también contribuyó a la promoción de los resultados de los estudios arqueológicos en el país. Dicha asociación recepcionó los criterios de esta disciplina durante las siguientes cinco décadas del siglo XX. En el período entre 1913 y 1922 se destacó, en el seno de la corporación, el ingeniero Juan Antonio Cosculluela con sus conclusiones del trabajo en el montículo funerario de Guayabo Blanco, en la Ciénaga de Zapata. En este foro presentó en 1922 su título “La Prehistoria de Cuba” (1922).

La obra de Juan Antonio Cosculluela (1913 –1914). Aciertos y limitaciones.

El punto de enlace entre las obras de autores cubanos de los siglos XIX y XX se estableció a través del libro del ingeniero de obras públicas Juan Antonio Cosculluela (1864 - 1950) quien expuso en 1913 su descubrimiento del mound de Guayabo Blanco en la costanera oriental de Zapata. Por esta fecha Cosculluela dirigió el proyecto gubernamental de deslinde de los pantanos de la península, al cual unió su interés por recoger leyendas, tradiciones y evidencias del folclore cubano en esa zona inexplorada de la Isla, motivado por su amigo, el erudito Don Fernando Ortiz. Las conversaciones entabladas con varios cenagueros, conocedores del lugar, le proveyeron de informaciones sobre evidencias pertenecientes a los " indios". De esta forma e inmerso en estas tareas logró visitar cuatro caneyes de muertos o enterrorios indígenas de Loma de la Cruz, Sábalo del Jiquí, Venero Prieto y Ventura, donde excavó y localizó fragmentos de piedra, concha y restos de dieta. Sin embargo, el nombre de Cosculluela se inscribe en el panorama arqueológico cubano, a través de su más importante hallazgo: el mound de Guayabo Blanco, el 6 de octubre de 1913, el único con restos humanos hasta ese momento.

Después de concluida la primera fase de su estancia en la Ciénaga, regresó a La Habana con el material colectado y dio aviso a la secretaría de Obras Públicas que al efecto, organizó una comisión, según decreto gubernamental del 7 de noviembre de 1913, para investigar su reporte. La expedición estuvo integrada por los Dres. Carlos de La Torre y Luis Montané Dardé; Don Fernando Ortiz; y el ingeniero José Primelles, además de su persona. El equipo científico de Zapata fue el primero que contó con los recursos del gobierno para un financiamiento. Según el decreto citado, se le concedieron mil pesos y se dispuso que los objetos hallados pasaran al Museo Montané de la Universidad de La Habana.

El estudio del mound de Guayabo Blanco y las osamentas del cementerio, estuvieron a cargo del Dr. Montané, catedrático de la Universidad de La Habana y sus resultados los

expuso en un capítulo titulado “El indio cubano de la Ciénaga de Zapata”, inserto en el libro que redactó Cosculluela, *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, publicado en 1918.

Montané, en su escrito presentó sus opiniones a través de la comparación del caney de Guayabo Blanco con otros de su tipo localizados en EE.UU, y uno en Venezuela; definidos por la forma de caney o montículo. Estudió la sepultura de Zapata desde los puntos de vista geológico, arqueológico y antropológico, sobresaliendo en su análisis la relación entre las piedras localizadas en el entierro y su posible fuente natural a 3 u 8 leguas de distancia; la descripción de las capas de tierra, caracoles y restos que componían el montículo y su trabajo con el material óseo. Este último, de incalculable importancia dada por su profesión y formación como antropólogo físico, fue su principal aporte a la arqueología cubana.

Otro elemento a considerar es el hecho de que Montané fue el primero en preocuparse acerca de las fuentes de materia prima utilizadas por los aborígenes para la confección de sus útiles de trabajo, indicios válidos para establecer posibles desplazamientos de estos grupos humanos y lograr la vinculación con posibles áreas de trabajo, aspecto posteriormente comprobado por la arqueología de Cuba. Además, el antropólogo se ocupó de analizar exhaustivamente las evidencias zoológicas, por la cual solicitó la ayuda del Sr. Gerrit S. Miller del Museo Nacional de Washington, tal vez con el fin de definir las especies seleccionadas por los indocubanos para su sobrevivencia.

No obstante, Montané continuó fiel a los conocimientos antropológicos, obviando en cierta medida el enfoque histórico, acerca de la filiación de estas comunidades que poblaron la Mayor de las Antillas, manteniéndose de esta forma al margen de la polémica que acontecía desde el siglo XIX, ya que no precisó si estas evidencias óseas podrían pertenecer a los taínos, caribes o siboneyes.

Por su parte, Juan Antonio Cosculluela, en su libro *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, expuso contradictorios criterios sobre la vida y costumbres funerarias del grupo humano que allí habitó, constituyendo algunos de ellos acertados planteamientos y otros totalmente erróneos.

Los aciertos más importantes de sus observaciones fueron los relacionados con la detallada y novísima información que brindó sobre la disposición y orientación de los cadáveres, en función de la posible localización de algún rito o práctica funeraria de los pobladores nativos de la zona, como manifestaciones de culto al sol y a la muerte como lo hacía la familia aruaca del continente. Los anteriores hallazgos de material óseo en las décadas pasadas no habían tomado estos aspectos en consideración. Incluso Montané

ofreció una descripción rigurosa de los muertos de Boca del Purial, pero no refirió su orientación y posición exacta. Cosculluela enunció, además, la presencia de los restos de alimentos como ofrendas a los seres allí depositados, cuestión que sería bastante debatida en las siguientes décadas del siglo XX, ya que éstas se tomaban indistintamente, como ofrendas al aparecer junto a las evidencias óseas, y en otro sentido eran consideradas como huellas de una reutilización del mismo lugar, es decir, se superponía un sitio funerario y un sitio de habitación. También proclamó su abierta oposición al enlazamiento entre las culturas antillanas con las yucatecas y mejicanas que obviaban la influencia suramericana, la cual estimó como única cierta para la migración hacia las Antillas. Esta fue la razón por la que asumió que el dialecto indio de Cuba integraba el tronco lingüístico aruaco continental e insular, de ahí que los taínos y siboneyes formaban parte de la familia amazónica.

El análisis realizado conjuntamente con Fernando Ortiz, sobre la rotura en la espira del *Strombus gigas*, le permitió interpretar certeramente acerca de la presencia de esta concha marina en el sitio terrestre. Ellos determinaron la utilización de estos moluscos como alimentos y a partir del orificio precisaron la técnica de su extracción.

Como hombre de ciencia, este ingeniero tuvo algunos desaciertos que más tarde fueron rectificadas por el propio autor. Sus errores se concretan en intentos de colocar a los hombres que construyeron el montículo funerario de Guayabo Blanco en las diferentes periodizaciones de moda en Europa sobre el devenir humano; así como establecer características generales y particulares según estudios foráneos de otras comunidades aborígenes. También se equivocó al tratar de relacionar la población nativa de la Ciénaga, de acuerdo a las evidencias localizadas en sus exploraciones, con grupos caribes y taínos.

La contradictoria ubicación, establecida por el autor, cultura neolítica, según los instrumentos hallados; y posteriormente negando la presencia de objetos de esta factura en territorio cubano, no ayuda al discernimiento del tema de la filiación histórico - cultural de esta comunidad. Incluso en su texto, al respecto expone un panorama desordenado. Para Cosculluela en la época del "descubrimiento" existían tres agrupamientos principales de desigual progreso: a) los guanahatabeyes en el occidente, en retroceso completo, aislados y viviendo en cuevas; b) los arawacos antillanos originarios del centro (cacicazgo de Cubanacán) que lindan por el este con los camagüeyanos; y c) los taínos orientales de la provincia de Santiago de Cuba. Además, especifica que los camagüeyanos de procedencia casi caribe se amoldaron a los taínos.

Otro de los problemas que se encuentra en la obra del ingeniero es el relacionado con la definición del grupo siboney, al cual autores como Ortiz y Harrington se habían referido. En primera instancia, Cosculluela no menciona al siboney, lo que no disminuye el valor de su trabajo, pero sí contradice las opiniones de los investigadores antes mencionados, quienes afirmarían que con esta obra se aclaró la situación, sobre la existencia de esta comunidad en el archipiélago cubano. En cambio, otro error, pero en esta ocasión señalado certeramente por el arqueólogo norteamericano Mark Raymond Harrington fue tratar de demostrar una presencia caribe en Zapata por los caracoles perforados, siguiendo la idea del explorador Schomburgk³, además, concluyó de manera simplista, que hubo un período de predominio caribe en la Isla, a través del acercamiento a la colección arqueológica privada del Coronel Rasco⁴. De aceptarse, este criterio hubieran existido caribes en lugar de ciboneyes en el Cabo de San Antonio, como plantea el autor norteamericano. Atendiendo a que Cosculluela recibió el legado decimonónico y su polémica sobre presencia caribe en la mayor de las Antillas, es comprensible el por qué de su errónea afirmación. Precisamente sobre la deformación craneana opinó entonces que era exclusiva de este grupo belicoso.

En otro orden el ingeniero plantearía que los estudios filológicos desarrollados por Tranquilino Sandalio de Noda, Bachiller y Morales, Pichardo y Poey arrojaron luz sobre el indio cubano y su grado de parentesco, cuando en realidad ninguno hizo referencia a este aspecto como parte del estudio de dichas comunidades, y de hecho, en la época nadie lo había tratado, salvo la somera mención de las distintas formas de transmisión del cacicazgo que presentó José María de la Torre, según información de los Cronistas de Indias. Además Tranquilino Sandalio de Noda y Andrés Poey no fueron reconocidos como filólogos, ni sus obras catalogadas como tales, cuestión planteada equívocamente por el descubridor de Guayabo Blanco.

No obstante el significado real de *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata* fue la presentación de novedosos y diferentes hallazgos relacionados con los aborígenes cubanos, lo cual permitió ampliar el registro de datos que se tenía sobre nuestros primeros habitantes. Posteriormente se establecieron nuevos criterios acerca de esta población en la Isla de Cuba⁵, tomando como argumento las evidencias localizadas en este sitio arqueológico. Con Guayabo Blanco se realizó de hecho el primer estudio estratigráfico concienzudo. Si bien tuvo sus antecedentes en los trabajos de Ferrer que midió el caney camagüeyano en 1848 y de Montané en Boca del Purial en 1888, que tomó dimensiones de su excavación, en el mound cenaguero se precisó el espesor de las

capas y su constitución. También Fewkes (1904) las realizó durante sus incursiones por la Isla. En Cosculluela se percibe a partir de sus interpretaciones, la contradicción de haber heredado una tradición evolucionista del XIX cubano y los nuevos conocimientos del XX.

Juan Antonio Cosculluela rectificó algunos de sus equivocados planteamientos en el discurso presentado ante la **Sociedad de Historia Natural Felipe Poey** el 25 de octubre de 1922. En *La prehistoria de Cuba* evocó los estudios históricos, arqueológicos y etnográficos para fundamentar la historia de los grupos aborígenes del archipiélago cubano, etapa enunciada por él como prehistoria. Reconoció la existencia de los ciboneyes y los taínos, y no aceptó la de los caribes en la mayor de las Antillas. Estos criterios estaban de acuerdo con los resultados del trabajo de los arqueólogos norteamericanos en la Isla, Fewkes y Harrington, cuyas obras ya estaban publicadas en esta fecha. De hecho, elogió las intervenciones de estos profesionales en territorio cubano y asumió las hipótesis migratorias para el posible poblamiento de Cuba que aquellos postularon. Este título de Cosculluela solo resumió algunas de las ideas vertidas por otros colegas y aceptadas por él. Incluso en sus palabras se detecta la influencia del historicismo cultural, presente en las interpretaciones de los arqueólogos norteamericanos, que se analizarán en el siguiente epígrafe, incluso tal vez como preámbulo de los postulados de la ecología cultural.

“el estudio prehistórico antillano basado en las relaciones históricas de los primeros cronistas, y en las investigaciones arqueológicas y etnográficas modernas, demuestra la importancia y decisiva influencia de la reacción del medio sobre el hombre, hasta el extremo de haber sido el factor más prominente en la orientación cultural de las dos razas, que se disputaron la supremacía antillana: taínos y caribes.”⁶

Indiscutiblemente la obra que consagró a Juan Antonio Cosculluela dentro de la arqueología cubana fue *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, por la cual sería reconocido por las generaciones científicas venideras. Sobresalieron sus aciertos por encima de las limitaciones o errores que se enumeraron y que correspondieron con la época en la cual vivió.

Bibliografía mínima

1. Alcina Franch, José. *Arqueología antropológica*. Ediciones AKAL. Madrid. 1989.
1. Álvarez Conde, José. *Arqueología indocubana*. Impresores Ucar. La Habana. 1956.

2. Bachiller y Morales , Antonio. *Cuba Primitiva*. Imprenta La Correspondencia de Cuba. La Habana. 1883.
3. Bronfman, Alejandra. *Tutelage, convergence and implication: American science in the Caribbean*. Paper prepared for OAH conference, april 2-5. 1998. fotocopia. Inédita.
4. Casas, Fray Bartolomé. *Historia de las indias*. Fondo de Cultura Económica. 1951. México. 3 t.
5. Cosculluela, Juan Antonio. *Cuatro años en la ciénaga de Zapata*. La Habana. 1965.]Editorial E.C.A.G.[
6. _____ . *La prehistoria de Cuba*. Imprenta El Siglo XX. La Habana. 1922.
7. Fort y Roldán, Nicolás. *Cuba indígena*. Imprenta de Moreno y Rojas. Madrid. 1881.
8. García del Pozo, Hipólito. *Los indios cubanos. Apuntes para la historia de Cuba*. La Habana: Imprenta La propagandista. 1915.
9. García Valdés, Pedro. *La civilización taína de Pinar del Río*. Imprenta El Siglo XX. La Habana. 1930.
10. Gordon y Acosta, Antonio. *Medicina indígena de Cuba y su valor histórico*. Sarachaga y H. Miyares. Habana. 1894.
11. Guadarrama González, Pablo y Miguel Rojas. *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX*. Editorial Félix Varela. La Habana. 1998.
12. Harrington, Mark R. *Cuba antes de Colón*. Talleres cultural, s.a. La Habana. 1935.
13. López Veitía, Enrique. *Medicina de los siboneyes*. Establecimiento Tipográfico de soler, Álvarez y Cía. Habana. 1888.
14. Mercier, Paul. *Historia de la antropología*. Ediciones Península. Barcelona. 1977.
15. Ortiz, F. *Historia de la arqueología indocubana*. Imprenta El Siglo XX. La Habana. 1922.
16. Pichardo Tapia, Esteban. *Diccionario de voces y frases cubanas*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. 1976.
17. Poey, Andrés. *Antiquities of Cuba, A brief description of some relics found in the Islan of Cuba*. Transaction of the American Ethnological Society. New York. T III, part I. 1853. pp 185-202.
18. Rangel González, Armando. *Algunos aspectos sobre la historia de la antropología: El Museo Antropológico Montané*. Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Históricas. La Habana: 2001. [Inédito].

19. Reynoso, Alvaro. *Agricultura de los indígenas de Cuba y Haití*. Imprenta A. Lahure. París. 1881.
20. Torre, Carlos de la. *Guía para los exámenes de maestros cubanos*. La moderna poesía. La Habana. 1904.
21. Torre, José María de la. *Compendio de geografía física y política de la Isla de Cuba*. Imprenta M. Soler. La Habana. 1854.
22. Trelles, Carlos. *Biblioteca científica cubana*. Imprenta de Juan Oliver. Matanzas. 1918.
23. Valdés, Dr. Ramón Francisco. *Compendio de la Historia antigua de la Isla de Cuba, dispuesto en forma de diálogo para uso de las escuelas*. Imprenta la Antillana. La Habana. 1864.
24. Valdés y Aguirre, Fernando. *Apuntes para la historia de Cuba Primitiva*. Impreso por E. Thunot y Ca. París. 1859.
25. Zayas, Alfredo. *Lexicografía antillana. Diccionario de voces usadas por los aborígenes de las Antillas Mayores y de algunas de las menores y consideraciones de su significado y de su formación*. Imprenta el Siglo XX. La Habana. 1914.

¹ Este artículo forma parte de la tesis de maestría de la autora *Los estudios arqueológicos y la historiografía aborígen de Cuba (1847-1922)* defendida en la Universidad de La Habana en diciembre del 2002.

² El Diccionario de Pichardo fue el primero del continente que brindó una explicación de la flora y fauna americanas, además de describir los usos y costumbres de los naturales de la región, entre ellas Cuba. Al integrar la amplia información recogida en su obra, Pichardo solo insertó unas pocas palabras utilizadas en la mayor de las Antillas, quienes a su juicio eran de procedencia indígena, descartando totalmente la ascendencia aborígen de la toponimia cubana. Por esta razón su encomiable esfuerzo quedó limitado a relacionar las voces que consideró nativas y que aún se conservaban en las primeras décadas del siglo XIX. En cambio, Bachiller, al continuar sus pasos, incrementó este vocabulario y acertadamente negó el origen maya de la lingüística de los aborígenes de Cuba. Sin embargo, la exhaustiva abundancia de datos que incluyó en su obra, de cierta manera dificultó la comprensión de la misma. En tanto que, el intento Fort y Roldán careció totalmente de fundamento científico, razón por la que fue marginado dentro del panorama de la historiografía aborígen cubana. Alfredo Zayas, por su parte, registró en su libro, las

voces de los aborígenes antillanos y los topónimos de igual ascendencia, aunque no refirió sus usos y costumbres como antaño hicieran sus predecesores.

3 Roberto Hermán Schomburgk (1804-1865). Biólogo y explorador alemán. Llegó a las Américas en 1829 y en 1830 comenzó a explorar la Guyana Inglesa.

4 Federico Rasco y Ruiz, Coronel del ejército libertador, fungía en 1916 como jefe del distrito militar de Pinar del Río y al parecer en 1921 pasó a residir en la capital. Su extensa colección, provista de importantes piezas aborígenes, fue resultado de su estancia en los campos cubanos, particularmente en la región oriental. Su planteamiento se basó en el perfecto acabado y belleza de las piezas que relacionó con grupos más desarrollados.

5 Las evidencias de **Guayabo Blanco** fundamentaron en 1942 el grupo ciboney Guayabo Blanco (Irving Rouse) que permaneció dentro de la nomenclatura para las comunidades aborígenes cubanas hasta 1990.

6 Juan Antonio Cosculluela. *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. La Habana. 1918. p 5